

ADALBERTO ORTIZ

TIERRA, SON Y TAMBOR

CANTARES NEGROS Y MULATOS

Prólogo de Joaquín Gallegos Lara
y 28 grabados originales de Galo Galecio



EDICIONES LA CIGARRA • MEXICO, D. F. 1945

TIERRA, SON Y TAMBOR
CANTARES NEGROS Y MULATOS



ADALBERTO ORTIZ

TIERRA, SON Y TAMBOR

CANTARES NEGROS Y MULATOS

Prólogo de Joaquín Gallegos Lara
y 28 grabados originales de Galo Galecio

EDICIONES LA CIGARRA • MEXICO, D. F. 1945

Impreso en México
Printed in Mexico

Talleres "Intercontinental". Dr. Garcíadiego 38. México, D. F.

RAZA, POESIA Y NOVELA DE ADALBERTO ORTIZ

ESQUEMA DEL DESTINO NEGRO

Africa fué siempre una isla. Tras sus costas impenetrables, remotos pueblos negros erigieron grandiosas arquitecturas, esculpieron, grabaron, escribieron en papiros relatos épicos que descubrió Frobenius, en una edad en que los blancos pelasgos de ojos de uva, todavía no invadían Grecia.

El sol de los trópicos aplastó las culturas aisladas, les cerró el camino, cortó la trayectoria del destino negro hacia el porvenir creador de la humanidad.

Cuando los negros se encontraron con los blancos, ya éstos habían inventado dioses blancos, habían impuesto al occidente lo blanco como arquetipo de lo humano. Se llegó estúpidamente a discutir si pertenecían a la especie humana las gentes de color. Fué imposible toda relación de igual a igual. El negro fué esclavo del blanco o su vencedor vengativo y vengado, después de la rebelión. Se dificultó toda comprensión,

toda mezcla, toda amistad, o todo amor, que no fuesen caso individual, furtivo y vergonzante.

El renacimiento era no sólo filosofía de Spinoza o sonetos de Petrarca. Era el tiempo en que Europa acumulaba sus primeras riquezas gigantescas, con el sudor de sus obreros blancos y sobre las espaldas de bronce de los negros, en el infierno marino de la trata.

Inglaterra, Holanda, Francia y España y más tarde hasta los mismos Estados Unidos Norteamericanos, han cazado negros. Los veleros colmados de esclavos infectaban leguas de océano, en alas de las brisas y los alisios, con el tufo de las sentinas, cargas sin distinción de sexo ni edad, de carne negra encadenada, sin agua ni alimento en travesías eternas, bajo calmas chichas de maldición. El gato de nueve colas restallaba sobre las pardas cabezas. Niños, hijos de príncipes de reinos de leyenda tropical, donde hubieran proclamado emperador-poeta a Langston Hughes, de haberlo conocido; viejos patriarcas antecesores de Haile Selassie el Justo; doncellas como la Sulamita, perecían a miriadas, por látigo, hambre, asfixia o soberbia de leones enjaulados por chimpancés. La trata fué un éxodo de continentes, que creó la América mulata.

En el mundo contemporáneo, los negros ocupan su puesto en las filas de forzados del hambre, de todo color, de la civilización capitalista. En los últimos años, además, los artistas y los escenógrafos fatigados, utilizan músicas, bailes y cantos negros, para suscitar un último estremecimiento en la médula de los burgueses inteligentes, en el lapso de decadencia entre la primera y segunda guerra mundial.

Los negros sufren la civilización como trabajado-

res y como negros. Su liberación sólo la conseguirán con la de todos los hombres. La causa del trabajo en rebelión es la suya propia, sin racismo a la inversa. Entretanto su piel es su destino. Es el destino de siglos de sus antepasados. Cada uno lo vuelve a vivir en su interior. Constituye su trágico complejo. Cada uno debe superar ese complejo, para incorporar su destino al de todos los hombres. Debe realizar ahora lo que a su raza le arrebataron la oportunidad de realizar, en el amanecer de la historia.

La Sintesis del Mulato

Se ha observado hace tiempo que a veces las sangres se juntan sin fundirse los espíritus. Un hombre que lleva estirpe de blanco y de negro en sus venas, en cierto sentido alberga dos almas bajo su frente. Si no hubiera discriminación, sería un hombre, sencillamente. Porque la hay, es que el problema de todo mestizaje existe, y no como conflicto biológico —la especie humana es una sola— sino social. Porque se veja al negro, éste se rebela; porque se menosprecia al mulato es que él se acuerda contradictoriamente de sus abuelos opuestos. No son almas raciales, que no las hay, las que chocan en la psiquis del mulato, sino sus reacciones frente a los criterios y valorizaciones distintos, discriminados, que la sociedad actual tiene, acerca de esos abuelos, acerca de negros y blancos. . . . . .
. . Pero la pugna es una guerra interna. No pueden excluirse negro y blanco, ni el uno esclavizar al otro, ni el otro rebelarse contra el uno, y cuando los colores

de piel —que no es más la pretendida raza— están en el mismo hombre. Deben seguir unidos en un choque perenne, en una disputa interior consciente o instintiva.

¿Cómo lograr que la unión sea no sólo física sino psíquica? ¿Cómo encontrar la síntesis de las tendencias contradictorias? Naturalmente sólo por la rebelión socialista y humanista contra la diferenciación racial de la sociedad burguesa, la personalidad blanca y la negra, dentro del mulato, alcanzarán a fundirse, integrando la individualidad única. Externamente, tal rebelión es un acto político revolucionario. Internamente es una especie de comunión espiritual, un acto de fe —a que arte y poesía pueden sólo ayudar— y que forjará la liberación y la unidad. Cuando al mulato no le enorgullezca ser más claro que los demás negros, ni le avergüence ser menos blanco que los demás blancos, habrá llegado a ser un solo individuo, él mismo, eso que dicen nada más y nada menos que un hombre..

Cabeza de Poeta

Adalberto Ortiz es un mestizo de negros y de blancos. Por haber nacido con una sensibilidad honda y vibrante y con la piel mezclada, él había nacido para ser la expresión de conflictos que van más allá de sí mismo y lo vuelven genial arquetipo humano de un problema de América, pleno a un tiempo de lucidez y de fuerza para resolverlo.

Es verdad que en Esmeraldas, comarca vasta y fecunda de Ecuador, donde amarga y agresivamente miró un día por primera ojeada el mundo, impera lo

negro. Es cierto que en Ecuador, en América Hispana, tierras de amores humanos contradictorios e hibrideces vegetales grandiosas, de mestizajes seculares, el prejuicio discriminativo no domina y el ceibo no desprecia al árbol pepa de pan, ni el mulato cuando llega a gobernador de provincia desprecia a las jovencitas hijas de los blancos. ¡Pero, aunque sea en América Hispana, ser negro es ser negro!

La lucha de las pieles, que en otros rostros se marca en un ritmo lento, inclusive de convivencia, es aguda en la fisonomía de Adalberto Ortiz. Sus facciones se contradicen. La piel y el cabello contrastan con la boca y los ojos: color de canela asoleada, cabellos negros que desde siglos con su encrespamiento son una insinuación a la rebelión, boca de gozador francés y mirada a la vez introspectiva y ávida de occidental, lo caracterizan. Y todo está tallado por el río correntoso de la vida interior, modelado por el empuje ascendente del carácter.

En la frente de Adalberto Ortiz el choque de la sangre se hace verbo. Es poeta y para nombrarlo así a él, hay que arrancarle todo sentido retórico al término. Es poeta, poeta negro, poeta de los negros, en un crudo significado de tierra humana y de pasión humana. Su contradicción interna lo empuja hacia la poesía, hacia la lírica en sus ya numerosos cantos negros y poemas, y hacia la épica de sobriedad tropical de su novela Juyungo.

De la verificación de su arte en una extensa e intensa obra, sin duda, surgirá su adaptación y un día le llegará la paz. A través del escribir hará una sola de sus dos almas en lucha. Se encontrará a sí mismo,

como dicen. Hacer lo que tiene que hacer y expresar lo que tiene que expresar, forjarán la síntesis de la cual él es tan alto, trágico y torturado ejemplo americano.

La Lirica de los Cantos Negros

Africa también vino a nuestra tierra. La caña, el caucho y el cacao han sido fecundados en Ecuador con sangre negra. En el conjunto montuvio, las vetas mulata y zamba ponen su matiz. Y son ecuatorianas extensiones completamente betunadas, en el Chota, en Catamayo y, especialmente, en la ardiente, marina, húmeda y brilladora Esmeraldas.

América, en inglés, en español y en francés y portugués, posee poesía negra. Todos conocemos el latigazo de color, de sensualidad, de alegría y de una tristeza nueva, asoleada y más áspera que cualquier otra, que lo negro ha dado al arte americano.

Hasta hace pocos años, la evidente afroecuatorianidad no había hallado sino muy esporádica expresión. El primero en marchar a gritarla fué ese hombre de corazón de guayacán, ese revolucionario, ese muchacho ardiente con todos los complejos superados en hecho, a priori y espontáneamente, que es nuestro ignorado novelista y poeta mulato esmeraldeño, Nelson Estupiñán Bass.

Con Adalberto Ortiz aparece integralmente un poeta, un poeta negro ecuatoriano, pues Nelson Estupiñán es demasiado marxista, demasiado occidental —aunque hoy se halle perdido en la selva tórrida— para poder expresar lo bastante ingenuamente la angus-

tia telúrica de los negros americanos. Por su ansia y sus problemas grandes, Nelson más parecería un poeta de Harlem que uno de Esmeraldas; y para ser él mismo lo que le haría falta es viajar. Acordémonos del querido camarada Langston.

La gente dolida y reidora, colorista, ruidosa, eleva desde las viejas raíces que había echado en nuestra tierra como su flor más grande y aromada, la poesía cálida y auténtica de Adalberto Ortiz.

Sus poemas negros y mulatos no se parecen a los brasileños, cubanos o norteamericanos. Son el típico acorde que no puede surgir de los libros sino de la vida. Brotan al contacto del espíritu negro y la tierra ecuatoriana. Frobenius los amaría. Sus conflictos y su calor humano, hacen que no sean folklore ni jazz para divertir, sino la realización de un grávido sino.

Adalberto Ortiz pone en sus poemas a sus hermanos de Esmeraldas, en su existir cotidiano y en su existir hondo: con los machetes de la roza o de la sublevación, con la pereza y la tagua, el baile y el tambor, el ancestral y misterioso recuerdo de la trata, las luchas de hoy, y el latido de un corazón humano bajo cada piel oscura.

En el libro Tierra, Son y Tambor, *se reúne bajo un conjunto que constituye un proceso. Se inicia rayando en lo folklórico. Pero muy pronto se adelanta a ser mucho más pulso que piel. La atmósfera mulata del libro, en unos poemas se ennegrece totalmente; en otros se clarea hasta casi ser blanca. En Ortiz son acentos de alta humanidad. Lo acercan a Hijo Nativo de Richard Wright. Demuestran probatoriamente que los negros son hombres no sólo a la medida cotidiana,*

sino al modo de Shakespeare o Miguel Angel o Beethoven.

El desarrollo de un poeta en su primer libro, desde su alborear, se percibe en Tierra, Son y Tambor. *Ortiz va descubriendo con júbilo virginal la arquitectura complicada y sutil, que Garcilaso y León erigieron, de los verbos en idioma español. En esta labor de bordado, encaje y pespunteado verbal, en los que se hacen maestros, llegan a tallar filigranas en acero o agujas de catedrales, él ha demostrado el dominio que, jugando, crea.*

Se sabe que el romance español consiste en versos octosílabos rimados en asonantes alternados. Ortiz les ha añadido una novedad técnica sumamente original, espontánea sin artificio y típicamente negra, por su eco de tambor. Además de sus imprescindibles asonancias de uniforme tono fonético, él hace que los versos alternantes no rimados, terminen en palabras agudas, en todas las combinaciones que las vocales del español suministran. El sentido musical negro podría decirse que es la asíncopa violenta, las notas agudas. Es pues de una obvia naturalidad el que en medio de las llanas asonancias del Cid y Bernardo del Carpio, los no menos épicos negros de América Hispana introduzcan tenebrosos ecos totémicos, con su retumbar de agudización alterna.

La Epica de la Novela "Juyungo"

Hay discusión acerca de si los antepasados primitivos levantaron sus melopeas de adoración al sol, al rayo a la cumbre, o cantaron a la mujer, al hacha y al

caballo, primero; o si fué que relataron junto a la hoguera, antes que nada, sus cacerías de mammuts y sus victorias que terminaban en matanzas de nórdicos docilocéfalos. ¿Fué primero la lírica, que exaltaba la reacción del alma ante el mundo? ¿O fué primero la épica, que relata la acción sobre el mundo?

Sea o no repetición de la especie, el proceso que se desenvuelve en los individuos, es del canto al cuento, de la lírica a la épica, de la poesía a la novela, en las sociedades modernas. Adalberto Ortiz siguió esa línea de marcha en su obra.

Los cantos contra las culebras, los piropos calurosos a caderudas doncellas cercanas, o a estilizadas mestizas con presunciones de blancas, o el jadear de machos y hembras en el baile, al golpe musical del cununo, o las introspecciones mágicas y exaltativas, todo en él, a poco de escribir estos versos, se convirtió en voluntad de relatar una historia que fuese las mil historias de los hombres, mujeres y niños de su pueblo. En tal inspiración fructificó; en ese camino nació, como relato para ejemplo de los nuevos negros que ayudarán a hacer un nuevo Ecuador, la vida de Ascensión Lastre, río hacia el mar, fuego hacia el cielo, que vive su vida en la novela Juyungo.

En medio de una contradictoria producción novelística ecuatoriana, fecunda pero frondosa, bien orientada pero presumida, audaz pero estrecha en su realismo, a la que se le había hecho creer que para "tener valor literario" necesitaba escribirse en prosa gongórica y con pseudo-técnicas artificiosas e intelectualistas, Juyungo *fué lo que cuenta un hombre a otros hombres acerca de otro hombre, simplemente.*

Resucitó el relato sencillo que no evoca la realidad por medio de imágenes rebuscadas y digresiones paralizantes, sino por la autenticidad de su acción, de sus hombres, de su pueblo y su tragedia. Que vuelve a ser lo que ha sido siempre la novela en los novelistas de todas partes: de Homero a Balzac y de Zola a Gladkov. En esta tarea supo, pues, escribir encendido de poesía esmeraldeña, ser fiel y grande.

Lo fundamental para Ortiz fué decir la verdad acerca de la gente suya. Fundió en crisol bien cálido y bien limpio una pequeña aldea de caracteres. Y bien se sabe que crear caracteres, forjar y sintetizar hombres y mujeres, es la tarea más alta que puede proponerse cualquier arte y más que ninguno el literario. Lo demás le vino por haber sido leal a la verdad: la sencillez, la justa arquitectura de la composición de la novela, su interés creciente, sus estados de ánimo, sus paisajes amados como se ama los sitios en que se miró por primera vez al cielo y a la madre, a la tierra y a la mujer, todo eso no fué propósito sino atributo, no fué intención deliberada sino cualidad natural; todo eso fué llegar al primer jalón de la síntesis de sus dos personalidades; en fin, realizarse.

Esmeraldas es una vasta llanura selvática. La cortan millares de ríos. La sumerge, pero no la asfixia, una atmósfera de fuego, frente al Pacífico, que ante su ribera se vuelve color de violetas o de vino. En esa tierra vive una minoría blanca muy española —como doña Amalia, la abuela de Adalberto Ortiz, a quien conocí de niño, con sus celestes ojos de nomeolvides y su sonrosado rostro— en pugna con un pueblo negro y mulato, levantisco, alegre e inteligente. En doscientos

años de coexistencia, la sedicente superioridad blanca ha sido abrumada por la razón y el número. Hay obreros, granjeros y hasta mendigos blancos; y hay magnates lugareños feudales soberbiamente negros, en Esmeraldas. Se han atemperado los conflictos sociales, aunque naturalmente no se han suprimido. Como el estado nacional ecuatoriano ha abandonado las obras públicas y la industria de la provincia, ésta, hundida en el atraso, se ha vuelto un remanso un poco estancado, donde imperan la paz y la rutina.

Adalberto Ortiz en su novela Juyungo, ha reflejado con veracidad sin miedo, con verdad incluso hiriente a los negros, esas realidades telúricas y sociales de su rincón nativo, lleno de personalidad en América. Su tono, siguiendo el ritmo del pulso, se acompasa al rumor lento y rural de la vida de su provincia.

Pero la limitación del mundo que expresaba, no le ha sido valla para encontrar lo humano y lo universal. Por saber ver lo humano en los aislados campesinos esmeraldeños, él ha creado una novela que no es pintoresca sino dramática, que no es regional sino de hombres; cuyos problemas no son locales sino de todos los que amamos y odiamos, y por amor y odio combatimos, ahora en 1945.

Por haber escrito Juyungo, por sus anteriores Cantares Negros y Mulatos, por lo que actualmente esté escribiendo de la gente de América de cualquier color, allá en México, a donde lo ha enviado una ola de la democracia ecuatoriana, hoy Adalberto Ortiz seguramente ha de poder reir con la ancha risa de su

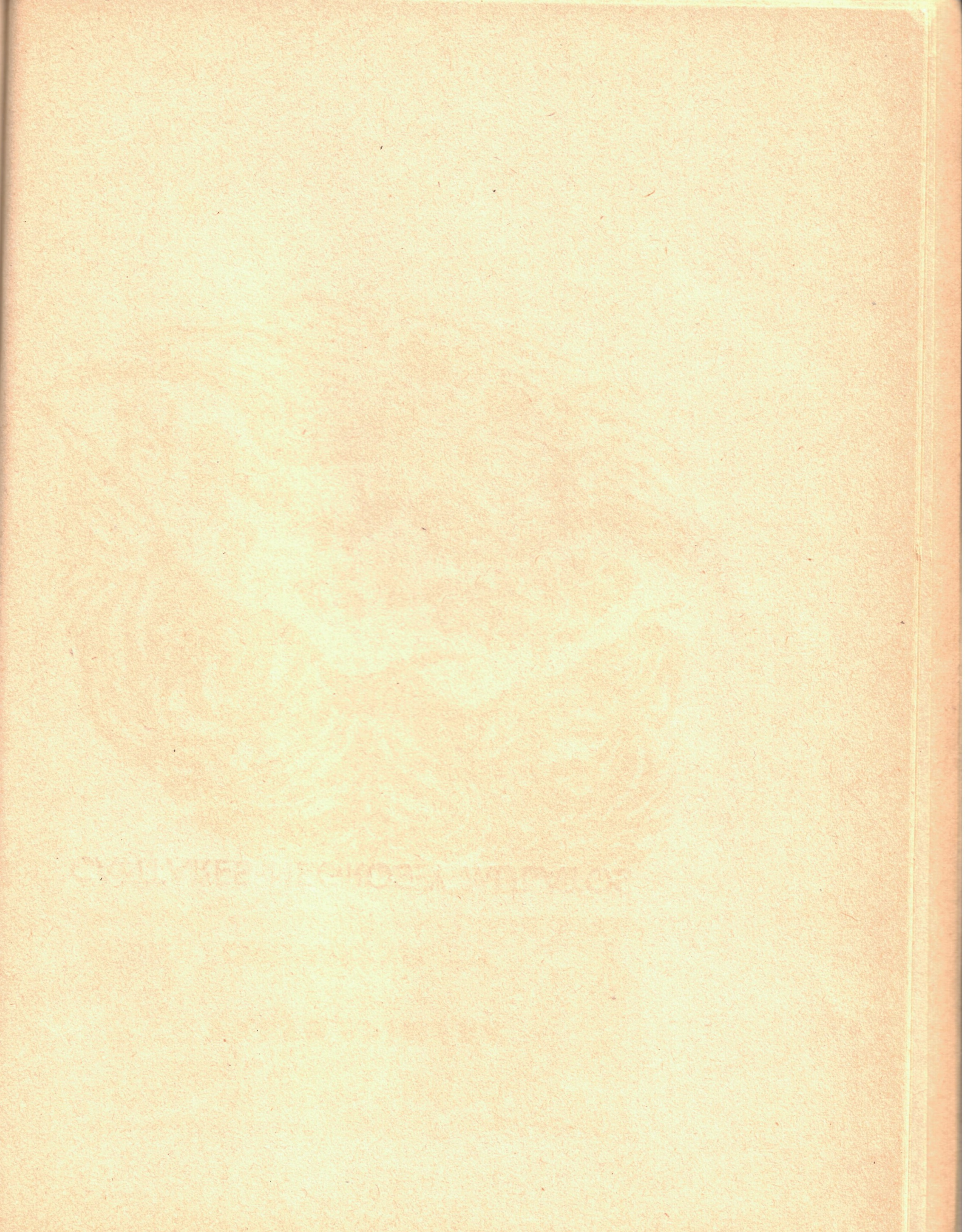
personaje Ascensión Lastre, el negro cuyo destino era un río —como el de todos los hombres—, esta vez el río Esmeraldas.

Joaquín Gallegos Lara

Guayaquil - Ecuador, 1945.



CANTARES NEGROS Y MULATOS



PARTE PRIMERA

CANTARES NEGROS





BREVE HISTORIA NUESTRA

Eramos millares.
Eramos millares,
los que oíamos la ch de la chicharra
en la yunga de Dios.
Eramos millares
los que leíamos en los ríos
la j de los cocodrilos
y escribíamos en los árboles
la S de todas las serpientes.

Cuando la cacería se cuajó en nuestras muñecas,
rastreamos el paso de Colón
y los blancos arroparon nuestro torso
con un cuero de cebra,
porque la pestilencia no hacía caso a las cadenas.

Nuestras manos engrilladas
henchidas de Dios.
se elevaban a Dios,
clamaban a Dios.
Cuando la huella creció en la playa
nos subimos con los ojos a los árboles gigantes
para tragarnos el paisaje de América.

La tierra nueva
no era de todos.
Perdidos en catacumbas metálicas
charlábamos con las congas nigérrimas
para saber que no se nos quita el cuero de cebra
ni en los cañaverales ni en los cauchales
ni en los algodonales.

Y nuestras manos encallecidas
dudaban de Dios
Estrujaban a Dios.

Ya no somos millares,
somos millones.
Millones con una brocha y un machete,
que soñamos bajo todas las palmeras
que somos hombres,
hombres, sí, libres.

Eramos millares...
somos millones...



CONTRIBUCION

Africa, Africa, Africa,
tierra grande, verde y sol,
en largas filas de mástiles
esclavos negros mandó.
Qué trágica fué la brújula
que nuestra ruta guió.
Qué amargos fueron los dátiles
que nuestra boca encontró.
Siempre han partido los látigos
nuestra espalda de cascol
y con nuestras manos ágiles
tocamos guasá y bongó.
Sacuden sus sones bárbaros
a los blancos, los de hoy,
invade la sangre cálida
de la raza de color,
porque el alma, la del Africa
que encadenada llegó,
a esta tierra de América
canela y candela dió.

ROMANCE DE LA LLAMADA

Voz humana estremecida
vibra en el aire caliente,
cantos negros incompletos,
como el guarapo se vierten.
Monte vivo, cielo rojo,
un tono perdido tienes
y un vuelo de aves lo lleva.
Canto amargo, tan latente,
se oye en el bronco cununo
y hay un grito como jebe
en el *tun* de la marimba.

En tu piel, las grietas mudas,
son la herencia del ancestro
y sudan las manos, sudan,
dejando huella en la tierra.
Negro sudor de negruras,
alma de un fondo rebelde
dormida en la selva oscura,
como lechuza en el día,
como paisaje en la bruma.
Quebranta ya tu silencio
y en tu machete perdura.

Eres hombre y eres negro,
mal descendiente de esclavos,
esclavo para ser libre
en el monte desolado.
Olvida más tu marimba
y arroja al suelo tu vaso,
cuelga también la guitarra
y empuña tu propia mano.
Desde antes que el alba llegue
tu bandera está esperando.





SON DE TROPICO

Sobre la palma
un perico ligero.
Bajo la palma
un canto de negro.

Las hembras todas
lavan y tuercen
sus propias sombras.

Todos los hombres
taguan y beben
el sol de cobre.

En el cauchal
hay sangre de negro.
En el platanal,
mil balas de acero.

Rozan y limpian
con los machetes
sus negras vidas.

Y por sus manos
pasa la selva
cargada de años.

Por sobre el río
las ondas giran.
Bajo del río
las piedras gritan.



SON DEL MONTE

Me dicen que tengo
de negro mi canto,
de blanco mi llanto.
¡Uyayaay, aúa!
El bijao y la guadúa.

Me dicen que pongo
lo negro en mi llanto,
lo blanco en mi canto.
¡Uyayaay, oía!
El banano y la sandía.

Lo negro que tengo
mezclado con blanco,
lo digo en mi canto.
¡Uyayaay, pereque!
La canoa y el canalete.

Es bello, caramba,
vivir en el campo,
vivir con la tunda.
¡Uyayaay, aea!
La papaya y la badea.

Cuando suena el bombo:
bailar con la zamba.
¡Qué lindo, caramba!
¡Uyayaay, trabuco!
El Torbellino, el Bambuco.

El negro y el zambo
que talan la yunga,
se van a la tumba.
¡Uyayaay, gualanga!
El corral y la catanga.

Quién sabe hasta cuando,
el negro se rompa
metido en la yunga
¡Uyayaay, barajo!
La canchimala, el gualajo.

Debajo del rancho
afila su tambo,
lo empuña del mango.
¡Uyayaay, cojojo!
El monte bravo, el rastrojo.

CANCION DEL PESCADOR DEL RIO

Mi canoa de guachapelí
subiendo la correntáa,
dice que es lindo viví.
Siendo uno libre,
yo cró que sí,
yo cró que sí.

El anzuelo ya está picando:
peje que te cojo peje;
peje que te meto al bongo;
guaña o cacuembo
de mi chuzo no te librá.

¿Quién te ha creao tan bobo
peje de la catanga?
Sábalo o Sabaleta
servís pa'l sango,
servís pa'l sango.

Mongolo y guacuco,
guacuco y mongolo,
te como con coco,
con coco te como.

Pangulango, guachapelí.
Muquempe, vení, vení.
Que te meto al zumbo,
te meto al zumbo.

Un peje de mi atarraya
ya no se va,
ya no se va.





CONTRA'E CULEBRA

Etando sacando tagua
un animá me picó.
¡Qué susto que me he pegao!
¡Qué susto me ha dao a yo!

Ve como saca la lengua.
¡Huy, qué miedo que me da!
¡Ay, si ha sido una culebra!
¡Déjamela a mí matá!

"A que te cojo, culebra,
y no me hacés nada culebra".

Qué culebra será eta,
hay que estudiala, señó,
A mi me parece la equi,
cascabé me parece a yo.

Ay, que morime no quiero,
buscáme con qué curá.
Traéme un palo cortito
pa podela yo aplastá.

"Y si te piso, culebra,
no me hacés nada culebra".

LA TUNDA, TUNDA QUE ENTUNDA

Caramba, mama, la tunda.
La tunda ya viene ya.
La tunda, tunda que entunda.

Al pie de la vieja sombra
que mil leyendas augura,
desde el fondo de la selva
extraños ruidos se escuchan.

La tunda, al atardecer,
no trae su propia figura,
sino figuras amigas;
para salir en la búsqueda
de algún negrito llorón
o alguna niña desnuda.

Muy lenta vuelve a su ser,
en grave forma que asusta:
ojos tristes de caimán
que de rato en rato alumbran,
cabellos de puerco espín
y cabeza de cornuda.
De molinillo es un pie

el otro es lleno de arrugas
y lleva furia en las manos,
que es furia de tunda-tunda.

Cuando cruza los esteros,
agarra chananas crudas,
para darlas de comer
al niño de malas culpas.
Y allí mismo con su vaho,
pronto lo atonta y lo anula.
"Y esto e' lo que hace, señó,
la tunda, tunda que entunda".

Doblada la medianoche,
noche tremenda y sin luna,
llega a su fúnebre cueva
entre un bosque de guadúas.
Calaveras de caimán
hacen las veces de cunas;
murciélagos, telarañas
y ojos fijos de lechuzas,
plantas de espinas sin fin
y esqueletos de criaturas,
entre paredes moradas,
entre paredes que sudan.

La tunda llega hasta allí,
se pone a gritar: ¡aúa!
Al punto se oye un tam-tam
y vienen siete gualguras...!
Sus hijas serán, quizás,
sus hijas serán, sin duda...

"Y eso lo sabe, señó,
la tunda, tunda que entunda".

Más cuentan los cazadores
que por los montes ambulan:
Con las pisadas del tigre
encuentran su huella inmunda.
Si es que alguien sigue su rastro,
verá un bosque de guadúas,
donde el niño que fué malo
estará implorando ayuda,
lastimado por los picos
de las malditas gualguras,
y atontado por el *vajo*
de la tunda, tunda-tunda.



LA TUNDA PARA EL NEGRITO

Portáte bien, mi morito,
pa que yo te dé café.
Porque si viene la tunda,
la tunda te va a cogé.

No te escondás, mi negrito,
que ya te voy a buscá,
y si la tunda te encuentra,
la tunda te va a entundá.

Pa duro te toy criando,
y no pa flojo ¿sabé?
Y si te agarra la tunda,
la tunda te va a mordé.

Cuando llegués a sé hombre
vos tenés que trabajá.
Porque si viene la tunda,
la tunda te va a llevá.

No quiero que seas un bruto,
sinó que sepás leé.
Que si te coge la tunda,
la tunda te va a comé.

Y no te dejés de naide,
respetáme sólo a mí.
Porque ya viene la tunda,
la tunda ya va a vení.

Echáte pronto en tu magua,
que no te voy a pegá.
¡Huy! ¡Que ya llega la tunda!
¡La tunda ya va a llegá!



FAENA Y PAISAJE

En lo lejano
aullando está un mongón,
con extraño són
de negra canción.
¡Talambo, talambó!

Baja la tagua
antes del amanecer
por el Quinindé,
por el Canandé.
¡Tangare, Tangaré!

Bajo la sombra
que deja el pepepán
dos hombres que dan
hacha a un arrayán.
¡Balamba, balambá!

Desde temprano
arreglando balsa están,
al pueblo se van,
al pueblo se van.
¡Baramba, barambá!

SABADO Y DOMINGO

¡Marimba en barrio caliente!
Vamos pa'llá mano Fuan.
Mirá, ya pasa la gente,
todos pa'l baile van.

Fijáte que penco de hembra
tá bailando el Bambuco,
y pa mové la gurupa:
¡ayayaay...!

Qué negra tan mamaú.
"Mi sombrero grande,
mi verejú".
Torbellino tocá,
Andariele cantá.
Marimbero, marimbero,
echále con más amó.
Torbellino tocá.
Caderona cantá.

Que blanca tu yampa
mano Migué.
Fijáte en la blanca

Mano Fidé.
Mové ligero tu pie
que los blancos te quieren vé.
Bebete otro trago má
que e'lunes a trabajá...

Véle la jeta a ese negro,
que negro tan balambá.
Mejó me fijo en mi negra,
qué negra tan mamaú.
"Mi sombrero grande,
  mi verejú.
Mi sombrero grande,
mi verejú".



JOLGORIO

Está vomitando el bombo
su enorme bom.
Cununo que cununea:
taca, taca tom.
taca, taca, tom.
Arrulla la guacharaca:
chaca, chaca, guasá.
Risa de un palitroque:
taraca, taracatá
Va la marimba a soná:
tucu, tucu, tunn
tucu, tucu, tunn.

Canta un negro renegro,
venido del Telembí:
Zambambé, zambambú,
cachimba, cacherimbá.
Negrito caracumbé,
saca cuchillo, matá mujé.
Upapé, jajejá,
aé, aú.
Seguí cantando nomá,
que el negro no baila tango,

el negro tan sólo baila
carioca, marimba y rumba;
batuque, marimba y bomba.

Mamapunga, sudor,
tabaco y luz de candil;
patas de negro que suenan
sobre el pambil.
Los senos, la rabadilla
y el vientre bajo
que se emborracha con el olor.
Qué zamba pa tené bemba,
metéle una zancadilla.
Zumbále el mango,
zumbále el mango.
Gira cabeza pamba,
brilla machete yambo,
que corta cambo,
que corta cambo.
Patas negras del mundo
que sólo bailan:
batuque, marimba y rumba.
Bembas de negros que cantan
candombe, marimba y conga.

ANTOJO

¡Ay, mama, yo quiero un blanco!
Un blanco yo quiero, mama.
Comprâme también un frasco,
un frasco de Agua'e Kananga.
Un blanco que tenga un tongo,
un tongo de plata, mama.

Que sepa leé y escribí,
pa que me diga cositas
que no saben los de aquí.

¡Ay mama, yo quiero un gringo!
Un gringo muy colorao,
que tenga lo'sojo lindo
como cielo despejao.

Mucho pedís, muchacha,
negra conga y presumía,
negra conga y má pincháa
no hei visto en toa mi vía.

Er blanco que tú queré,
te lo puedo conseguí;
pero luego vamo a vé
si te quiere sólo a ti.

Er blanco te coge, negra,
como una curiosidá
y cuando meno lo piensas
te va dejando botáa.

Er blanco te va'empreñá,
er blanco te va a pateá.

Si te juntá con un blanco,
tu'sijo son casi negro,
tu'sijo son casi blanco.
Tu'sijo ya no son náa.

¡Ay! Ya no quiero gringo,
no quiero, mama.
¡Ay! Ya no quiero blanco,
no quiero, mama.
Sólo quiero negro,
mi negro quiero.

YO NO SE

¿Po qué será,
me pregunto yo,
que casi todo lo negro
tan pobre son
como yo soy?

Yo no lo sé.
Ni yo ni Uté.

Ma, si juera un gran señó,
rico, pero bien rico,
me lo gatara todito
entre negroj como yo.

Ma, rico yo no he de sé,
esa sí que e' la verdad,
nunca plata he de tené.

Ma, si juera un gran señó,
siempre negro sería yo.
¿Po qué será?
Yo no lo sé,
Ni yo ni Uté.



¿QUE TENDRA LA SOLEDA?

Toca que toca el guasá.
¿Quién?
La mulata Soledá.

Canta la Caramba, caramba.
Baila la Caramba, caramba.

Sentada sobre un cununo,
Triste, qué triste está ya.
vagos los ojos oscuros
parecen de enamoráa.

Se oye una Agualarga, lejana,
Suena un Aguacorta, temprana.

Cuando del baile se va.
¿Qué se hará la Soledá?
Llorá, na má que llorá.

CANCION DEL BOGA PARA SU HIJO

Bogá muy duro, bogá,
Bogá con el canalete,
que el río te va arrastrá.

Tenés que aprendé a bogá
pa que no te lleve el río,
bogá muy duro nomá.
Bogá muy duro nomá.

En la vida hay que bogá
pa que no haga lo del río
que te deja en medio mar.

Si el río te va a tragá,
dale que dale y más dale
y no dejes de bogá,
bogá muy duro nomá.
Bogá muy duro nomá.



SINFONIA BARBARA

Se escucha un retumbante trepidar
sobre el gran tambor del mundo:
¡Bómbom - búmbum!
¡Bómbom - búmbum!
¡Bómbom - búmbum!

Trajeron los mandingas candombe y calabó,
rugieron los tantanes en tierras de Colón:
la conga, la bamba, la rumba, la bomba
y sus fuerzas telúricas en sombra.
Aé - airó
aé - airó.
Ecos salvajes de africana tempestad.
Condensación de un gran espíritu bantú.
Aé - ajujú
aé - ajujú.
Y el bombo, rebombo, retumba.
Engendros horrorosos de totem y tabú.
¡Oh, dioses primitivos de madera y de marfil!
¡Máscaras de brujos de impulso vegetal
ofician los rituales con hálito viril
y hay lúbricas faenas la noche de San Juan!

Macumba, macumbero, macumba.
Macumba, macumbero, macumba.
Por las copas rijosas de las palmas,
bajo el polvo tranquilo de la estrella,
se clava la liturgia de Oxalá.
Y el bombo, rebombo, retumba.

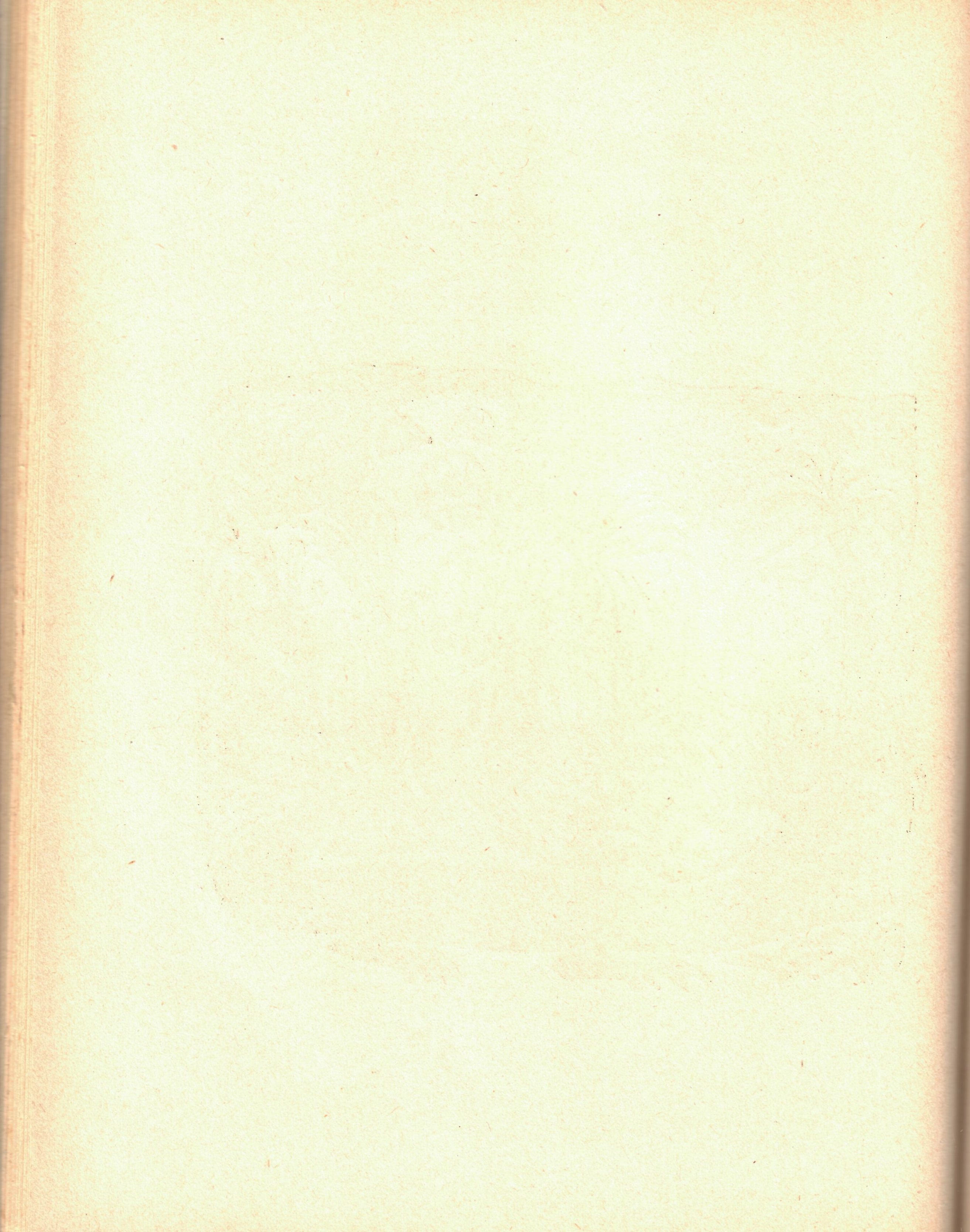
Danza guerrera vino,
danza guerrera va.
Kombumá - candombe - kombumá.
Kombumá - candombe - kombumá.
Uá, uá.
Danza guererra llegó,
danza guerrera que fué,
danza guerrera quedó.
Y la lanza que se hunde
y la rabia que se funde,
en nosotros está,
en nosotros irá.
Y el bombo, rebombo, retumba.

No amarrados como árboles,
sólo sueltos como pájaros.
En nuestras muñecas nunca más.
Antes que hierro,
primero muertos.
Canto guerrero que fué,
canto guerrero quedó.
Kombumá, candombe, kombumá,
Uá - uá - uá.
Y el bombo, rebombo, retumba.

PARTE SEGUNDA

CANTARES MULATOS







CASI COLOR

Aun recuerdo su voz fraternal que me decía:
Que no quiero ser negro.
Que no quiero ser blanco.
Es mi grito silencioso:
Quiero ser más negro que blanco.

Negro que sabe de la salvaje emoción de un cununo,
del sorbo mortal de un río fragoso,
de la fría inyección de una culebra
y del doble oficio de un machete.
Negro que canta como un pájaro
y tiene risa blanca y suelta
como una catarata de lunas.

He vivido en Congo
y he soñado en Harlem:
he amado en Calidonia
y he dormido en Chicayá
y siempre un mapa de África
en todos los ojos enlutados
en todos los ojos sin color.

¡Cómo nos satura el dolor infinito
de las nueve colas del gato
en la flor negra de su carne
que no ha trasnochado nunca
para mirar su aurora!

¡Quién fuera blanco
para olvidar el vientre de los barcos negreros
y la caricia de los linchamientos!
¡Quién siendo negro
se pudiera fugar por el ombligo
como hacen sus hermanas!

Para olvidarme de todo
quiero ser negro.
Negro como la noche preñada del día.
Negro como un diamante carioca.
Negro para el azul.
Negro con sangre-sangre.

MOSONGO Y LA NIÑA BLANCA

Un canto alegre y un son
de la selva te he traído,
alma extraña de la U
y un guayacán florecido,
el vuelo del fifirí
y el cascabel de los ríos,
de la marimba el sonar,
del azulejo los nidos.
Concha fina y caracol
de espiralados anillos,
redonda espuma del mar
y de un pájaro los trinos.
Traigo en mi cara el calor
y en mis manos traigo frío.
Cómo quisiera beber
en tu labio humedecido,
cómo quisiera sentir
tu cuerpo pegado al mío.

Tras tu paso irá mi voz,
con ese ritmo impreciso;
mitad de blanco que es
mitad de negro encendido.

Sangre de esclavo traer,
no es ser esclavo amor mío;
pero en el alma llevar
un esclavo no vivido
y siempre grillos pedir,
es peor que haberlo sido.

Que soy negro, bien lo sé,
quizás con alas de mirlo.
Y me siento, tanto así,
que vibro en temblor de niño;
si oigo un oscuro rumor,
si oigo un candente ruido.

Hoy te dejo mi cantar,
ay, no sé cómo decirlo:
pero ya sabes que soy
un hombre que se ha atrevido.



MOSONGO Y LA NIÑA NEGRA

Vestida de verde va
una joven de azabache:
del ébano el corazón
es la fibra de su carne,
con movimientos de mar
y temblores de cazabe.
Los labios de marañón,
los senos de chocolate,
su linda risa es de cal,
de caña brava su talle,
y tersura hay en su piel
como en la flor de la tarde.

Quien en la calle la vió,
de ella no quiso olvidarse;
quien la ha sacado a bailar,
quiere estar en todo baile.
Todos arden por saber
el secreto de su carne.
Sus amigas, las demás,
hasta han llegado a envidiarle.

De sus miradas de sol
nadie ha podido escaparse.

De ser negra como es
no han podido avergonzarle;
pero hasta ahora su amor
a nadie ha podido darle.
¿Para quién ella será?
Ella misma no lo sabe.
¿Será de un blanco tal vez?
Quien sabe, negra, quién sabe.
De un negro serías mejor,
vestida de verde cade.



MOSONGO Y LA NIÑA CHINA

Del Asia viniste tú,
como una gaviota inquieta.
Del Africa vine yo,
en las edades primeras.
Raro perfume oriental
trajiste en tu cabellera,
la flor de loto en tu tez,
la flor de loto más tierna.

Bailarina de marfil,
idolito hecho de seda,
tu mirada ya me dió
lo que tu boca me niega.

Armoniosa flor de té,
oye mi nota pequeña:
amemos el mismo dios,
oigamos la misma queja.
En tu boca carmesí
permite que yo me duerma
y te entregue mi querer
como un vaso de agua fresca.

Salvaje son de tambor
en mi verso hecho de cera,
salvaje son de tambor
hasta tu seno te llega.

Niña de amarilla luz,
de agilidad de gacela
ayúdame tú a vivir
en nuestras razas eternas.



ROMANCE VULGAR

La luna sabe de ahorros
por su derroche de plata,
y sabe también de penas,
porque sin llanto, es más clara;
pero hoy no encontró mi sombra
por sus rayos dibujada.

En el naranjo más joven,
maduras hay dos naranjas.
Seco el pasto, plúmbeo el cielo.
Altas palmas, viejas palmas.
El viento va apretujado
en un paisaje de vacas.

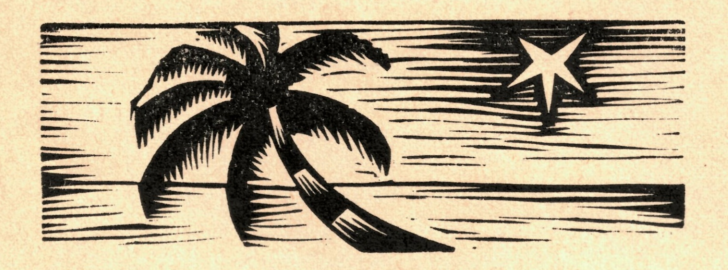
¡Qué difícil se me hace
llevar sobre mis espaldas
el *no* cansado de un mástil,
que se va con tu mirada
como se van en los mares
veloces peces de nácar!

¡Qué difícil se me hace
mirar las cosas pasadas!

Los recuerdos se me quedan
dormidos en la garganta,
como si fuesen acordes
de lejana serenata.

¡Qué vulgar que es ya la luna,
luna antigua, luna ajada!
¿Quién soñará en tus ojeras?
¿Quién en tu blanca guirnalda?
En la quesera del cielo
hay luna, noche cuajada.





MONOTONIA DE UN PAISAJE

Hasta el patio de tu casa
llegan los vientos del Sur,
y en la pared de mi estancia
dibujo un amor en cruz.

Cuando el crepúsculo muere
se acaba el cuadrado azul
sólo queda una palmera
mirando mi amor en cruz.

En el patio de tu casa
hay un cuadrado de luz,
y en el fondo hay un lucero
igual a mi amor en cruz.

Tú, el lucero.
Yo, la palmera.

ROMANCE DE LO IRREPARABLE

Nadie anudó como yo
las trenzas de la amargura
como no se hundió en el mar
del temor y de la duda.

Mas quién pensará en el fin
de aquél que vivió en la luna
y soñó ser capitán
de un veloz barco de altura,
y guiado por la luz
que dejan los ojos de uva,
anduvo tanto, hasta anclar
donde el viento ya no impulsa.
Y en el puente del dolor
se paró a ver la laguna
y una y una y otra vez
contemplaba las burbujas
del abuelo que murió
perdido en la selva oscura,
y monte adentro se fué
tratando de hacer fortuna.

Ya todo se ve más gris
desde las almas profundas:

la cruz, la guerra, el amor
y hasta los sueños que endulzan.

Ilusión tras ilusión,
ilusión que no perdura.
Y siempre así ha de seguir,
mas nadie tiene la culpa
ni lo que no he de tener
ni lo que obtuve con lucha.



ROMANCE DE LUZ MARINA

¡Ay de las olas que duermen
sobre la ceja del mar!

Ay, de los sueños inmensos
los que nunca llegarán,
como aquel viejo velero
que surcó la oscuridad
y en las horas de bonanza
sin ruta precisa va;
con un timón de gaviotas
y un escualo por compás,
mil delfines por custodia
y una mujer, Capitán.

Sobre las olas de raso
que el viento bravo nos da,
si yo tuviera otra nave,
tras ella me iría, sin más,
por sobre todas las aguas
o hasta la estrella polar.
Pero aquel barco que quiero
sólo en cuadernas está.

Y todos los días que huye
cansado, el sol tropical,
me siento al pie la playa
para ver morir el mar.





ESTELA DEL RIO TEAONE

Río blando, suave, salobre, pequeño,
seguía entonces la estela de tu sueño.
Es cierto, digo, han pasado muchos años
y estás viviendo en mi memoria como ayer.
Aun quisiera volver a tus orillas,
a tus orillas verdes de aquella niñez.

Río amigo, triste, cristalino y puro,
puro como los ojos de la infancia;
recuerdo el paso lento, sobre el piso duro,
del toro manso que buscaba tu agua
que cantaba eterna y siempre grave
sobre el lecho antiguo de piedras arcillosas.
Veo las umbrosas vegas donde ella
cogía las fragantes pomarrosas...
(o donde yo hubiera deseado que las cogiese...)

Río grave, suave, un ave pequeña,
ambos seguíamos la estela de tu sueño.



HOMBRE MUERTO

De Jorge Prado Viteri
no queda sino llorar,
el llorar para los árboles,
para la lluvia fugaz.
Años y meses andando
atado a la soledad,
atado estuvo en la tierra
junto a su vientre feraz.
El vigor iba en sus brazos
hasta su rubio maizal;
sobre la espiga asoleada
su mano no pasa más.
Sobre un potro, sobre el río,
su sangre llegará al mar.

Trajo sus alas el tétano
abiertas de par en par.
Que lo lleven por el agua
que su vida en flor se va.
Que lo lleven por el aire
que su sol va a terminar.
Que las plantas y las aves
tristes voces tienen ya.

¿Dónde irás por el espacio,
testigo del naranjal?
¿Ya no sientes las heridas,
claro amigo, hecho palmar?
Cómo te lloran las mozas
las que ya no besarás.
Cómo te sienten los hombres,
los que te han de recordar.

De la isla de tus sueños
la flor de guabo se irá.
Hoy la maleza ha crecido
sobre tu verde arrozal,
y de ese arrozal de esfuerzos
los changos no comerán
ni desde el árbol del hobo
los gallos no han de cantar.

La vida se te ha fugado.
Si no hay otra, qué más da.

SOBRE TU ENCUENTRO

Negros y blancos vinieron hasta mí,
negros y blancos irán después de mí,
después de ti:
No la triste soledad de piedra. No.
No larga constelación de cruces vanas. No.
Sí, tu sonrisa sin vinagre,
los pordioseros que te agradecen
las monedas rotas y tu mirada dulce,
la humilde gente con quien hablas
en pródiga y sincera humanidad.
Tu tibia voz, tu cuerpo todo:
armonía de paisajes hondos, en secreto.
Carnaval de estambres
con alusiones bíblicas cerradas.
Unción de sombras siderales
bajo tus ojos inmensos.
Y yo soy todo oídos cuando cortas el silencio
y ojos sólo soy,
cuando caminas.

Mi destino en fin, disminuído,
huella de pena callada.
Mi mano, aquí, sin pasajes de violencia,

a través de los arrozales tiernos
soñando los mares de arrozal maduro.
El grillo en su cric-cric, la lluvia tenue,
locura de verdor ensimismado.
Pájaros de temor en mis mañanas
y el cielo turbio amenazante
hasta el río sin fin que va creciendo
en un sol sin paz y sin constancia.
Y tú, siempre como la luz, siempre,
en grata flor a todos demostrada.

Nada podría borrarte. No.
Ni el azar, ni un amor con sus caricias,
ni el viento que deshila el castaño de tu pelo. Nada.
Ni el alcohol con espumas y con láudanos
ni la tiniebla de la opaca tierra última.
Nada.
Negros y blancos que arribaron hasta mí,
esos mismos irán después de ti,
después de mí.



EN SAN PEDRO ALEJANDRINO

No hay redobles de tambor
en la Quinta de San Pedro,
aunque está para morir
el más famoso guerrero.
No se ha podido encontrar
camisa para su cuerpo,
ni se halla ningún rubí
entre los dedos morenos
del que en otro tiempo fué
de elegantes el primero.
Expira el Libertador,
libertador de su suelo,
hijo el más digno del Cid
por ley que lleva en el pecho,
hermano de Napoleón
por la fuerza de su genio,
nuevo Quijote y Don Juan
por amante y caballero.
Así le toca morir
a quien desdeñara un cetro.

Está escuchando el cañón
—mientras se acaba su aliento—

de Junín y Bomboná,
y el gritar de los aceros
que hizo la gloria de Páez
en las Queseras del Medio.
Lo estremece la visión
de Ricaurte en San Mateo.
Lejos, muy lejos se oyó
un triste canto llanero:
—¡Que así tenga que morir
el que vivió combatiendo!

Ya se acaba don Simón
perdido en un duro lecho.
Ya se muere el General
que tiene en los ojos fuego,
el fuego que a plena luz
se apaga en sus ojos negros.
Se escucha en el aire un ay,
un ay de montes y cielos,
se esconde rápido el sol,
el árbol se queda quieto,
no se oyen olas del mar,
los pájaros vuelan quedo
y se oscurece el azul
en ese amargo momento.
Lejos, muy lejos se oyó
un triste canto llanero:
—¡Que así tenga que morir
el que vivió combatiendo!

Muy hombre y hombre de bien,
delgado, pero de hierro;

con los grandes par a par
aunque tuviera defectos.
Tan fiero como un león
fué de los héroes espejo,
y amaba la libertad,
la libertad de su pueblo.
Mas ay, que negra traición
le pagó con el destierro
y el dios de la ingratitud
al fin lo dejó por muerto.
¿Dónde está el noble varón?
¿Dónde su esfuerzo supremo?
¡Malhaya la infame grey
que llegó a negarle un techo!
Así le tocó morir
a quien desdeñara un cetro.

Bolívar no ha muerto, no,
está en nosotros viviendo.
De Bolivia a Panamá
nos conduce su recuerdo,
que es oro de buena ley
como lo fuera su genio.
Montado en negro corcel
es un majestuoso espectro
que va por rutas de luz.
Millones de hombres despiertos
beberán su resplandor,
resplandor tirado al viento.
En el futuro estará
aquél que habló con el Tiempo.

Lejos, muy lejos se oyó
un triste canto llanero:
—¡Que así tenga que morir
el que vivió combatiendo!

VOCABULARIO

Agualarga y Aguacorta.—Piezas musicales propias de la marimba, como lo son también: el Andariele, la Caderona, La Caramba, el Torbellino y el Bambuco.

Atarraya.—Red circular con guarniciones de plomo, que usan los pescadores.

Balambá.—Grande, tosco.

Baramba.—Interjección admirativa.

Bijao.—Hoja blanca parecida a la del plátano, que sirve para las techumbres.

Bomba.—Baile típico de los negros de las montañas de Minda.

Bongo.—Especie de canoa.

Bongó.—Tambor cubano, parecido al cununo.

Cacuembo.—Una variedad de pez.

Cade.—Hoja de palma de cade o cadi.

Cambo.—Banano.

Canchimala.—Tipo de pez sin escamas.

Candombe.—Baile negro.

Cascol.—Ebano.

Catanga.—Trampa de río para coger peces.

Cazabe.—Mazamorra dura de maíz.

Conga.—Baile cubano. También se le aplica este nombre a una hormiga negra.
Cununo.—Típico tambor negro que se toca con los dedos.
Chango.—Pájaro tropical parecido al mirlo.
Chananas.—Variedad de camarón.
Fifirí.—Ave pequeña de veloz vuelo.
Guacuco.—Pez cartilaginoso que mora en las riberas rocosas.
Guacharaca.—Faisán americano. También se le da ese nombre al guasá, que es un canuto cerrado, con piedrecitas en el interior y que hace las veces de maracas.
Guachapeli.—Variedad de madera.
Guada o *Guadua.*—Caña de bambú o guacay.
Gualajo.—Variedad de pez marino.
Gualgura.—Ave de mal agüero.
Guaña.—Pez semejante al guacuco.
Guarapo.—Jugo de caña dulce.
Macumba.—Brujería.
Macumbero.—Brujo.
Magua.—Especie de petate sin tejer, que se hace de la corteza de un árbol. Llámase también damajagua o demajagua.
Mamapunga.—Aguardiente de mala calidad.
Mamaú.—Grande, hermosa.
Marimba.—Instrumento pentafónico y monorítmico, semejante al xilofón; pero de construcción rudimentaria.
Mongón.—Variedad de mono; grande y negro.
Mongolo.—Pez de color negro, que habita de preferencia en lugares pantanosos.
Muquempe.—Cierta clase de camarón que vive en los huecos de las peñas de los ríos.

Pamba.—Deforme, chata.
Pambil.—Tronco de palma de chonta picado y abierto, que se usa para pisos y paredes.
Pangulango.—Variedad de pez.
Pepepán.—Arbol del pan.
Perico Ligero.—Cuadrúpedo trepador, conocido con el nombre de perezoso.
Pinchada.—Pretenciosa.
Rastrojo.—Terreno donde ha vuelto a crecer el monte.
Taguan.—De taguar. (Recolectar taguà en las montañas). Dátil duro y blanco como el marfil.
Tangare.—Variedad de madera.
Talambo.—Fruto silvestre y venenoso.
Tongo.—Montón, rollo.
Tunda.—Coco o cuco de los niños negros de la Provincia de Esmeraldas.
Yambo.—Romo, sin filo.
Yampa.—Cotona, leva cerrada hasta el cuello.
Yunga.—Selva. (Palabra de origen cañari).
Zabalo, Zabaleta.—Peces que viven en los ríos. Ambos se parecen entre sí. Son escamosos y tienen abundante espina.
Zumbo.—Depósito especial, hecho del calabazo.

INDICE

Parte Primera

CANTARES NEGROS

Pág.

Breve Historia Nuestra 21
Contribución 23
Romance de la Llamada 24
Son de Trópico 26
Son del Monte 28
Canción del Pescador del río 30
Contra e' Culebra 32
La Tunda, tunda que entunda 33
La Tunda para el Negrito 37
Faena y Paisaje 39
Sábado y Domingo 40
Jolgorio 43
Antojo 45
Yo no sé 47
¿Qué tendrá la Soledá? 48
Canción del boga para su hijo 49
Sinfonía Bárbara 51

PARTE SEGUNDA

CANTARES MULATOS

Pág.

Casi color 55
Mosongo y la Niña Blanca 57
Mosongo y la Niña Negra 59
Mosongo y la Niña China 61
Romance Vulgar 63
Monotonía de un Paisaje 65
Romance de lo Irreparable 66
Romance de Luz Marina 68
Estela del Río Teaone 70
Hombre Muerto 71
Sobre tu Encuentro 73
En San Pedro Alejandrino 75

Vocabulario 79

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Juyungo (Historia de un negro, una isla y otros negros).
Primer Premio en el Concurso de la Novela Ecuatoriana de 1942.
Buenos Aires, Editorial Americalee, 1944.

Los Contrabandistas. Novelita corta.
México, D. F., Colección Lunes, 1945.

En prensa:

Camino y punto de la angustia. Poemas.

En preparación:

El puente hacia el vacío. Novela.

